

FAMILIA E INICIACIÓN CRISTIANA



MANUEL JOSÉ JIMÉNEZ R.
Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá (Colombia)
Doctor en Teología Pastoral, con especialización
en pastoral juvenil y catequesis

Transmitir la fe en el hogar

Partamos de un hecho significativo. En el año 1974 la Iglesia universal celebró un Sínodo de Obispos sobre la evangelización. Fruto de este sínodo, fue la exhortación apostólica sobre *El anuncio del Evangelio hoy (Evangelii Nuntiandi, 1975)*, seguido por un nuevo sínodo en 1977 y por la exhortación sobre la catequesis en nuestro tiempo (*Catechesi Tradendae, 1979*). Y en 1981, **Juan Pablo II** publicó su exhortación apostólica sobre la familia en el mundo actual (*Familiaris Consortio*).

Hoy acudimos a una situación parecida. En el año 2012 se llevó a cabo el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización. El año pasado, el papa **Francisco** publicó su exhortación apostólica sobre *La alegría del Evangelio (Evangelii gaudium)*. Y ahora, para este año, se ha convocado un Sínodo de Obispos sobre la Familia, cuyo tema principal será *Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización*. Se espera que después venga una exhortación sobre la familia.

Esta simple y rápida concordancia de hechos y de documentos del magisterio muestra la clara y estrecha relación que existe entre evangelización y familia. La razón de esta relación la da el papa Juan Pablo II al inicio de su exhortación apostólica sobre la familia: “En efecto, la familia cristiana es la primera comunidad llamada a anunciar el Evangelio a la persona humana en desarrollo y a conducirla a la plena madurez humana y cristiana, mediante una progresiva educación y catequesis” (FC 2).

El propósito de este breve artículo es pensar la relación entre familia e iniciación cristiana de los niños y adolescentes. No cubre, por lo tanto, todos los problemas de la relación entre familia y evangelización, ni mucho menos cantidad de situaciones evangelizadoras en torno a la familia hoy ni sus profundos cambios, algo que con seguridad sí va a ser tratado en el Sínodo.

El Sínodo sobre la Nueva Evangelización nos llamó a pensar en la relación entre familia e iniciación cristiana en el contexto de la transmisión de la fe. Ahora el Sínodo sobre la Familia lo retoma e invita a pensarlo en el contexto de la transformación de la familia. El autor, que ha trabajado el tema de la iniciación cristiana desde hace más de 20 años acompañando a conferencias episcopales de América Latina, diócesis colombianas y escuelas de formación de catequistas, llama a aunar esfuerzos para que se produzca un cambio de paradigma: que los adultos y padres tomen conciencia de que no solo está en juego la educación en la fe de los hijos, sino, sobre todo, su propia fe, su propia vocación bautismal y su vocación al matrimonio cristiano.



LA SITUACIÓN MÁS COMÚN HOY

La relación familia e iniciación cristiana de los niños, adolescentes y jóvenes es un asunto que genera mucha preocupación en la práctica y en la teoría. A pesar de los grandes y variados esfuerzos que se hacen para vincular de un modo más activo y comprometido a los adultos en los cursos presacramentales del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, los avances y los logros no son muy esperanzadores. Y esta situación, no obstante las diversidades y con algunos indicadores positivos, es igual en todas partes.

A este respecto podríamos usar prestadas las palabras de dos estudiosos italianos que, si bien escriben en Italia y para Italia, describen la situación más común hoy en cualquier parroquia, y en cualquier lugar, incluidas las nuestras. “Entre las carencias de la catequesis hoy hay que subrayar la incapacidad de llegar de modo adecuado a las familias. La así llamada ‘vinculación’ de las familias es estéril, no solo porque se busca lograrla demasiado tarde, sino, sobre todo, por algunos elementos que la caracterizan. En primer lugar, se expresa de carácter obligatorio y como un requisito, lo que hace que los padres y los adultos participen en los encuentros que les proponemos con el miedo a que si no asisten se les niegue el sacramento a sus hijos. En segundo



lugar, tiene un carácter ambivalente, dado que se les da a los adultos un trato infantil e infantilizante. En tercer lugar, resulta exagerada: después de tantos años de ignorarnos, olvidarnos y desconocernos, familia, adultos y agentes de pastoral, se proponen programas intensivos que no tienen en cuenta los ritmos propios de la vida familiar. En cuarto lugar, también resulta retrasada, dado que, cuando un hijo tiene ya entre 10 y 12 años, los adultos y los padres se dan cuenta de que lo que le ofrecen ahora como educación en la fe les resulta poco significativo. Y, por último, es formal. Ofertas predeterminadas sin tener en cuenta al adulto, a la familia y a su situación”¹.

A estos problemas se suma otro de no poca monta, compartido también por estudiosos de todo el mundo: la costumbre y la mentalidad de delegar la educación religiosa de los hijos. Son muchas las familias, incluso familias con un estrecho vínculo con la comunidad, que delegan a otros (sacerdotes, religiosos, catequistas y maestros) la educación religiosa de sus hijos, pues consideran que es una cuestión de especialistas. Así, los adultos y los padres se consideran exentos o incapaces de asumir esta responsabilidad.

La relación familia-parroquia replica en mucho la relación familia-escuela. Los padres o adultos matriculan a sus hijos en los cursos presacramentales que ofrece la parroquia. Asisten a las reuniones a las que son convocados, en las que no falta la amenaza de no dejar a sus hijos recibir los sacramentos si no cumplen con ello y hacen caso a los catequistas y al párroco de controlar

las tareas de sus hijos, su asistencia a los encuentros y a las misas previas a la celebración de los sacramentos. Algunas parroquias aún hoy día llevan control de asistencia de niños y adolescentes y adultos a las misas dominicales. El asistir a ellas es un requisito más entre otros.

De este modo, los adultos y los padres no se sienten miembros vivos de la comunidad cristiana. La parroquia es un centro de servicios de lo religioso a la que pueden acudir para que los expertos en estos asuntos instruyan a sus hijos. Si por algún motivo este centro de lo religioso exige mucho en el tiempo y en los encuentros, buscan el que más se acomode a sus intereses.

CRISIS DE TRANSMISIONES

Como puede verse, la situación no se presenta para nada halagüeña. Y eso que, en su descripción, dichos estudiosos no ahondan en los profundos cambios que vive la familia hoy² y que ponen en tela de juicio su capacidad educadora y evangelizadora³. Realidad que explica la crisis de transmisión de valores y de fe en la familia hoy⁴.

Por lo que respecta a lo religioso, los estudios sociales contemporáneos muestran que la familia es uno de los



espacios de mayor secularización y desinstitucionalización de lo religioso. Un cambio radical en este campo, y que toca profundamente las transmisiones religiosas, consiste en que muchos adultos socializan a las nuevas generaciones ya no en una religión determinada (la que han recibido de los padres generalmente), sino en un valor-derecho de nuestras actuales sociedades democráticas: la libertad de conciencia y de cultos. No se desconoce que muchas familias conservan la práctica tradicional de transmitir de generación en generación la religión de los padres. A lo anterior se suma la poca incidencia que tiene hoy día la Iglesia en la configuración del proyecto personal y familiar de muchos de nuestros contemporáneos, sobre todo en lo que se refiere al matrimonio y su moral. Incluso el Estado defiende y tiene el derecho de legislar sobre la familia, lejos de cualquier categoría religiosa o teológica.

LA FAMILIA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

En medio de estas sociedades democráticas y plurales, la Iglesia tiene el deber de anunciar y educar en el sentido cristiano de la familia. A la par, también debe anunciar el papel, importancia y protagonismo de la familia en la educación de los hijos, especialmente en su educación en la fe. Lo anterior debe hacerlo no como un modo de imponer su enseñanza, sino como un servicio que ella presta a la humanidad entera, en la perspectiva trazada por el Concilio Vaticano II: “Iluminar y fortalecer a los cristianos y a todos los hombres que se esfuerzan por garantizar y promover la intrínseca dignidad del estado matrimonial y su valor eximio” (GS 47).

No es este el espacio para recordar todo el amplio magisterio de la Iglesia sobre la familia cristiana. Puesto que el tema que nos ocupa es la relación familia e iniciación cristiana, recordemos solo los asuntos más estrechamente vinculados con este asunto específico. Qué mejor que hacerlo a la luz de uno de los referentes magisteriales más cualificados



al respecto: la exhortación apostólica *Familiaris Consortio* del papa Juan Pablo II.

El Papa señala que, “entre los cometidos fundamentales de la familia cristiana, se halla el eclesial, es decir, que ella está puesta al servicio de la edificación del Reino de Dios en la historia, mediante la participación en la vida y misión de la Iglesia”. Esto exige “comprender mejor los fundamentos, contenidos y características de tal participación, y examinar a fondo los múltiples y profundos vínculos que unen entre sí a la Iglesia y a la familia cristiana” (FC 49).

La familia cristiana vive su cometido profético acogiendo y anunciando la Palabra de Dios. Dentro de esta tarea evangelizadora de la Iglesia, cabe la importante tarea de la educación en la fe de los hijos, el despertar religioso y la así llamada catequesis familiar. Este cometido fundamental de su ser, la familia no lo hace sola o en nombre propio; siempre es una tarea eclesial y en vínculo con la comunidad cristiana: “El ministerio de evangelización y de catequesis de la Iglesia doméstica ha de quedar en íntima comunión y ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y de catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial” (FC 53).

Esta educación peculiar de la fe, “ambiental”, es importante; pero es necesario ir más allá; caminar hacia una catequesis explícita tanto en el seno familiar como en otros ámbitos comunitarios de la Iglesia, con los que han de colaborar las familias. Lo acabamos de subrayar: “La catequesis familiar ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial” (FC 53).

UNA MISIÓN QUE SE EJERCE EN LA COMUNIDAD Y DESDE LA COMUNIDAD

El sujeto primero de la evangelización es la Iglesia. Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el bautismo. “La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta

la fe personal” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 181). Es la Iglesia la que nos entrega la fe que hemos de creer.

El cristiano recibe la fe de Dios en la Iglesia. La fe no es un invento de cada uno, porque es propio de la fe cristiana ser recibida y vivida en la Iglesia.

El anuncio, la transmisión y la vivencia del Evangelio se realizan en el seno de una Iglesia particular. La referencia a la Iglesia universal y a la Iglesia particular o diócesis es algo insoslayable en la educación del sentido eclesial de la fe. Esta es una de las características de la evangelización, de la eclesialidad y personalización de la fe. El sentido eclesial no es algo abstracto, sino que pasa por la pertenencia a una Iglesia particular o diócesis. Y toda la evangelización debe educar, también, este sentido de pertenencia.

Para el tema que nos ocupa sobre la relación entre familia e iniciación cristiana, lo dicho sobre la Iglesia sujeto de la fe, la evangelización y la Iglesia diocesana no es accesorio o mero relleno teológico. Por el contrario, es a partir de allí y dentro de esta mirada eclesiológica amplia que se entiende la tarea evangelizadora y educadora en la fe de la familia. Permite comprender la naturaleza eclesial de la catequesis y la tarea de la familia en ella, así como la importancia de la relación comunidad cristiana-familia, elementos todos subrayados por el *Directorio General para la Catequesis* (1997), pero con frecuencia olvidados en la práctica, tanto que estos vínculos parecieran inexistentes. Esto produce una familia sin vínculo alguno con una comunidad y una comunidad que, aunque habla de la familia y de su importancia, solo acude a ella en determinados momentos y

para determinadas tareas; literalmente, para que le ayude a hacer tareas.

Con todo y lo importante que es la familia en la educación en la fe de los hijos y en el anuncio del Evangelio hoy, ella no puede cumplir dicha acción desligada de la comunidad. Para que la educación de la fe desde la familia logre resultados más favorables a los actuales, la familia debe actuar en vínculo con una comunidad y desde esa comunidad cristiana de la que forma parte.

EN EL CONTEXTO DE “EMERGENCIA EDUCATIVA”

Al inicio de estas reflexiones se señaló la crisis por la que atraviesa la transmisión de la fe, crisis que se entiende en un contexto más amplio desde la crisis de transmisiones en la sociedad contemporánea.

La crisis de las transmisiones o crisis de la educación llevó en su momento al papa **Benedicto XVI** a hacer un llamamiento a una verdadera “emergencia educativa” (Benedicto XVI).

La Conferencia Episcopal Italiana acoge este reclamo del Papa en sus orientaciones pastorales para el decenio 2010 -2020⁵. El reto –afirman los obispos italianos– es educar en un mundo que cambia, situación que pone en crisis el sentido mismo de la educación, incluso hasta su misma posibilidad.

Tras detenerse en los cambios, sobre todo en los que tienen que ver con la familia, la educación escolar y la educación en la Iglesia, el documento hace un llamamiento a una verdadera alianza educativa entre todos los que tienen que ver con la educación en el campo familiar, civil, escolar y eclesial. La crisis se responde con articulación y

coordinación entre agentes educativos. Afirman los prelados: “La separación y el desconocimiento entre los caminos formativos, ya sea en la comunidad cristiana, o ya sea en las instituciones civiles, debilita la acción educativa hasta el punto de hacerla estéril. Si se quiere que cumpla con su objetivo, es necesario que todos los sujetos obren armónicamente hacia el mismo fin”.

En lo que respecta a la crisis de la iniciación cristiana y la catequesis, la propuesta del Episcopado italiano es contundente: es necesario darle eclesialidad. Y esto significa no solo articulación de agentes y de acciones entre comunidad cristiana (o parroquia) y familia, sino superar la concepción individualizada y de delegación que caracteriza la relación familia, parroquia y catequesis de iniciación.

El reto es hacer de la Iglesia una “comunidad educadora”. Lo anterior no significa negar o desconocer el primado de los padres en la educación en la fe de los hijos. Apunta más bien a reconocer algo ya señalado desde otra perspectiva anteriormente: la educación en la fe en la familia no se entiende sin comunidad, desvinculada de ella, paralela a ella, al margen de ella. De hecho, afirman los obispos italianos con respecto a la parroquia, si ella “es la comunidad educativa más completa en orden a la fe”, o si es la “familia de las familias”, las familias no pueden cumplir su tarea de educar en la fe al margen de ella o a partir de la mentalidad de delegación.

Si los padres y las familias no pueden marchar solos en este cometido, y si la parroquia no puede marchar sola sin



ellas, es tarea de las familias y de la parroquia evitar que esto suceda; con lo cual se va a superar otro de los grandes equívocos en relación con el vínculo familia e iniciación cristiana: descargar sobre la familia la responsabilidad catequética de la comunidad, intentando suplir de este modo la incapacidad de la comunidad para garantizar una acción catequética bien organizada, estructurada y articulada en sus agentes y responsables.

La familia necesita el apoyo de la comunidad. No es justo –afirma un estudioso del tema– “endosar a la familia todo el peso de la educación religiosa de los hijos”. Pues se trata –continúa– “de una preocupación y de una empresa que debe implicar la participación y sensibilidad de toda la comunidad cristiana a la que la familia pertenece”. Lo anterior le lleva a concluir: “Es necesario que toda la comunidad cristiana preste atención y se demuestre disponible a asumir comunitariamente la responsabilidad de la tarea educadora hacia las familias y con las familias”⁶.

La conclusión salta a la vista: no vamos a poder renovar la pastoral misionera y la pastoral de la iniciación cristiana sin las familias, sin su apoyo y sin el apoyo que la comunidad pueda ofrecerles. El apoyo es mucho más que unas cuantas reuniones de padres de familia previas a la celebración de un sacramento. Esto no es más que mantener la mentalidad de delegación. Para superar esto, se debe trabajar desde un principio de renovación de la catequesis hoy, señalado por el *Directorio Catequístico General* del

LA IGLESIA AL SERVICIO DE LA FAMILIA

“La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido, quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura. Muchas familias viven esta situación permaneciendo fieles a los valores que constituyen el fundamento de la institución familiar. Otras se sienten inciertas y desanimadas de cara a su cometido, e incluso en estado de duda o de ignorancia respecto al significado último y a la verdad de la vida conyugal y familiar. Otras, en fin, a causa de diferentes situaciones de injusticia, se ven impedidas para realizar sus derechos fundamentales.

La Iglesia, consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, quiere hacer sentir su voz y ofrecer su ayuda a todo aquel que, conociendo ya el valor del matrimonio y de la familia, trata de vivirlo fielmente; a todo aquel que, en medio de la incertidumbre o de la ansiedad, busca la verdad y a todo aquel que se ve injustamente impedido para vivir con libertad el propio proyecto familiar. Sosteniendo a los primeros, iluminando a los segundos y ayudando a los demás, la Iglesia ofrece su servicio a todo hombre preocupado por los destinos del matrimonio y de la familia.

De manera especial se dirige a los jóvenes que están para emprender su camino hacia el matrimonio y la familia, con el fin de abrirles nuevos horizontes, ayudándoles a descubrir la belleza y la grandeza de la vocación al amor y al servicio de la vida”.

Juan Pablo II, *Familiaris Consortio* 1



año 1971 y recordado por el *Directorio General para la Catequesis* del año 1997: “La catequesis de adultos, al ir dirigida a personas capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada la forma principal de catequesis, a la que todas las demás, ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan. Esto implica que la catequesis de las otras edades debe tenerla como punto de referencia, y articularse con ella en un proyecto catequético coherente de pastoral diocesana” (DGC 59).

La aplicación de dicho principio pide de nuestra catequesis con los adultos y padres de familia un verdadero salto cualitativo. Este consiste en llevar a los adultos y padres a tomar conciencia de que no solo está en juego la educación en la fe de los hijos, sino que, por ello y sobre todo, lo está su propia fe, su propia vocación bautismal y su vocación al matrimonio cristiano. Con ello, sin desconocer la importancia de la catequesis de los niños y de los jóvenes, el acento se traslada al adulto y su propio crecimiento en la fe. De este modo, la situación cambia radicalmente. Pues no se trata de ayudar o de suplir a los padres en la educación en la fe de sus hijos, o de que ellos ayuden o apoyen a los catequistas, como, por ejemplo, viendo que los niños hayan hecho las tareas o asistiendo puntualmente a los encuentros. Se trata de emprender una verdadera formación

en la fe de los adultos, llamándolos en primera persona a crecer en ella, algo que naturalmente va a repercutir en sus hijos y su educación, tanto más cuanto van a ser adultos conscientes y convencidos de su vocación bautismal y matrimonial.

Todos experimentamos lo difícil que es hoy día lograr una verdadera vinculación de los adultos o padres en los procesos de educación en la fe de los hijos. A algunos solo les interesa y les preocupa la parte formal de las celebraciones sacramentales. Se logra mucho, y se da un paso adelante, cuando se consigue despertar mayor interés y preocupación por la educación en la fe de los hijos. “Pero el verdadero salto cualitativo, el cambio real, se da cuando la intención se desplaza de los hijos a los padres, es decir: cuando se entiende que el problema central, también en función de los hijos, reside en la profundización de la fe por parte de los adultos”⁷.

Se trataría, para lo concreto de nuestra acción, no solo de hacer reuniones de padres de familia con ocasión de alguna preparación presacramental. Esta situación lleva a que dejemos de plantearnos la cuestión a partir de la pregunta por el qué pueden hacer ellos, los padres, por nosotros; cuando, más bien, debería ser lo contrario: qué puede hacer la comunidad cristiana por ellos. De lo contrario, seguiremos no solo

alimentando una mentalidad muy “mercantil” y de estación de servicios acerca de la comunidad, sino también la presacramental e infantil sobre la catequesis.

Si se cambia el modo de pensar y de hacer las cosas, los padres ya no solo se sentirán invitados a alguna que otra reunión (a la que, además, acuden con mucha desidia y desinterés), sino a crecer en su fe, a ser verdaderamente Iglesia, a participar de modo efectivo en la Iglesia. De esta manera, unos adultos llamados a crecer de modo permanente en su fe, a su vez, cumplirán la tarea de acompañar y de educar en la fe a sus hijos. Según **Bill Huebsch**, así se pasa de la mentalidad de los cursos a los procesos; de una catequesis solo en la comunidad a una catequesis en la, de la y para la comunidad.

Al ser esta una acción educativa con adultos, debe respetar en ellos su condición de adultos, dejando de lado toda forma de infantilización. Se trata de hacerlos sujetos, de tratarlos como adultos y de llamarlos en primera persona a crecer en la fe. Por eso han de tenerse en cuenta sus experiencias, sus condicionamientos y desafíos, sus múltiples interrogantes y necesidades respecto de la fe.

FAMILIA CRISTIANA Y DESPERTAR RELIGIOSO

El *Directorio General para la Catequesis* recuerda que sin conversión no puede haber catequesis; que solo a partir de ella la catequesis puede desarrollar su tarea específica de estructurar y fundamentar la personalidad del discípulo de **Jesús**.

El despertar religioso de los niños pequeños, como forma privilegiada de educación de los hijos en familia, constituye un desafío ineludible en nuestra tarea evangelizadora, de cara a la renovación de los procesos de iniciación cristiana. Cuando no se da o cuando se da deficientemente, produce muchas dificultades a otras áreas de la pastoral, de modo especial a la catequesis de niños, tal como lo señala el papa Juan Pablo II en *Catechesi Tradendae*: “La peculiaridad de la catequesis, distinta del anuncio primero del Evangelio que ha suscitado



EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

“La familia es uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños, y es patrimonio de la humanidad entera. En nuestros países, una parte importante de la población está afectada por difíciles condiciones de vida que amenazan directamente la institución familiar. En nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesucristo, estamos llamados a trabajar para que esta situación sea transformada, y la familia asuma su ser y su misión en el ámbito de la sociedad y de la Iglesia. La familia cristiana está fundada en el sacramento del matrimonio entre un varón y una mujer, signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Cristo por su esposa, la Iglesia. Desde esta alianza de amor, se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de los dos por una sociedad mejor. Creemos que ‘la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia’. En la comunión de amor de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino. Dado que la familia es el valor más querido por nuestros pueblos, creemos que debe asumirse la preocupación por ella como uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia. En toda diócesis se requiere una pastoral familiar ‘intensa y vigorosa’ para proclamar el evangelio de la familia, promover la cultura de la vida, y trabajar para que los derechos de las familias sean reconocidos y respetados”.

Documento de Aparecida 432-435

la conversión, persigue el doble objetivo de hacer madurar la fe inicial y de educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Pero, en la práctica catequética, este orden

ejemplar debe tener en cuenta el hecho de que a veces la primera evangelización no ha tenido lugar. Cierto número de niños bautizados en su infancia llega a la catequesis parroquial sin haber recibido alguna iniciación en la fe, y sin tener todavía adhesión alguna explícita

y personal a Jesucristo, sino solamente la capacidad de creer puesta en ellos por el bautismo y la presencia del Espíritu Santo” (CT 19).

En efecto, los niños bautizados de pequeños, aunque bautizados, han de ser llevados a la fe, a la conversión, a la adhesión a Cristo. En definitiva, han de ser educados en el don de la fe que han recibido en el sacramento del Bautismo como modo de desarrollarlo. Por eso esta acción debe ser considerada como prioritaria dentro de los procesos de acción misionera institucionalizada y organizada, en cada una de nuestras parroquias y comunidades. Ha de ser comprendida como forma privilegiada del primer anuncio.

Sobre el despertar religioso de los niños pequeños en familia, afirma el magisterio: “El testimonio de vida cristiana, ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto en el cariño y el respeto materno y paterno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto que esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida” (DGC 226).

Lo anterior parte de la convicción de que “la familia como ‘lugar’ de catequesis tiene un carácter único: transmite el Evangelio enraizándolo en el contexto de los profundos valores humanos”. Es en ellos donde se funda “el despertar al sentido de Dios, los primeros pasos en la oración, la educación de la conciencia moral y la formación en el sentido cristiano del amor humano” (DGC 255). También realiza este despertar religioso “cuando, con ocasión de ciertos acontecimientos familiares o en fiestas señaladas, ‘se procura explicitar en familia el contenido religioso o cristiano de esos acontecimientos’” (DGC 226). En este sentido, pensemos en el impulso para el anuncio que tienen las celebraciones fuertes del año litúrgico, como la Navidad y la Pascua de resurrección, tradiciones de piedad popular y otras fiestas familiares, como la renovación de los votos del matrimonio por parte de los padres o la renovación anual del bautismo de los niños. En esta lógica, la



participación de la eucaristía dominical en familia junto con los niños pequeños es otro ámbito de despertar religioso y de educación en el sentido amplio de la comunidad cristiana, a la que la familia cristiana pertenece.

Este despertar religioso cumple para los niños pequeños, bautizados o no, la función del primer anuncio, y no se debe identificar con la catequesis sistemática del catecumenado. Es diferente, como lo afirma de nuevo el *Directorio General para la Catequesis*, porque es “una educación cristiana más testimonial que de la instrucción, más ocasional que sistemática, más permanente y cotidiana que estructurada en períodos” (DGC 255). Tampoco, como lo veremos, es igual la labor educativa de los padres en el despertar religioso y en el apoyo a la catequesis sistemática de la comunidad.

Para la Iglesia hoy, donde el primer anuncio como acción previa al catecumenado y a la iniciación cristiana tiene una importancia fundamental, el despertar religioso de los niños pequeños en familia es tarea de primer orden y ha de estructurarse adecuadamente. Lo que va a pedir de las comunidades cristianas y de las parroquias crear y generar los instrumentos adecuados para ello, así como brindar la formación pertinente y actualizada a los padres de familia.

Esta ha de comenzar desde antes del nacimiento del niño. Ha de fortalecerse durante el embarazo y continuar antes y después del Bautismo, incluso si este no es solicitado por los adultos.

El fin del despertar religioso de los niños pequeños es el mismo fin de toda la acción misionera: la conversión y la adhesión a la fe. El despertar religioso del niño pequeño es mucho más que la educación en una vaga espiritualidad, tal como lo ofrecen algunos instrumentos en el mercado; se orienta a hacer del niño como niño un discípulo de Jesús que vive la fe en la Iglesia.

El despertar religioso no es un asunto exclusivo del niño. Pide necesariamente una atención especial sobre los padres de familia. Es un hecho que, si los padres no son despertados en su fe, no llevarán a cabo el cometido de despertar a sus hijos. Esto es tarea de primer anuncio, de conversión y adhesión a

Cristo. Lo que significa que tampoco en los padres podemos dar por supuesta la conversión. Una acción de este tipo es signo de una parroquia auténticamente misionera y evangelizadora. De una parroquia verdaderamente “despierta” y que sabe despertar tanto la fe de los adultos –especialmente, la de estos– como la de los niños.

CONCLUSIÓN

Hace varios años, afirmaba un estudioso de la catequesis: “En este contexto la transmisión de la fe no resulta fácil, pues los ambientes tradicionales (familia, escuela, parroquia) han perdido fuerza en la transmisión de los valores humanos y cristianos. Razón por la cual, la transmisión en la fe ha de asumir una lógica nueva. No se puede seguir con



NOTAS

1. Caspani, Pierpaolo y Sartor, Paolo, *Iniziazione cristiana. L'itinerario e i sacramenti*, EDB, Bolonia, 2008.
2. A este respecto, puede verse *Mapa mundial de la familia 2013. Los cambios en la familia y su impacto en el bienestar de la niñez*, Universidad de Piura, Lima, 2013.
3. Alberich Sotomayor, Emilio, *La familia, ¿lugar de educación en la fe?*, PPC, Madrid, 2010.
4. Duch, Lluís, *La crisis de la transmisión de la fe*, PPC, Madrid, 2009.
5. Conferencia Episcopal Italiana, *Educare alla vita buona del Vangelo. Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il decennio 2010-2020*.
6. Alberich Sotomayor, Emilio, *La familia, ¿lugar de educación en la fe?*, PPC, Madrid, 2010.
7. Preda, Constatin, *El papel de la familia cristiana en la educación religiosa de los hijos*. En: Pontificio Consejo para la Familia. *La transmisión de la fe en la familia. V Congreso Mundial Teológico-Pastoral* (Valencia, 4-7 de julio de 2006), BAC, Madrid, 2007, pp. 439-448.
8. Gevaert, Joseph, *Primera evangelización*, CCS, Madrid, 1992, p. 9. También puede verse De Pablo, Valentín, *Hacia una nueva evangelización. Perspectiva pastoral*, en Centro Salesiano de Pastoral Juvenil, *Pastoral de hoy para mañana. Nuevas perspectivas de la pastoral con jóvenes*, CCS, Madrid, 1993, pp. 99-109.

actitudes y planteamientos propios de otro tiempo. En el mundo occidental no se puede continuar evangelizando como si todavía estuviésemos en una sociedad cristiana, usando procedimientos de transmisión de la fe que eran válidos sobre todo en aquella sociedad. El contexto social y cultural de la transmisión de la fe ha cambiado profundamente (mundo secularizado, pluralista, descristianizado, indiferente...). Se trata de un contexto misionero sustancialmente nuevo para la evangelización”⁸.

Hablar de contextos de crisis de la educación y de la transmisión de la fe no quiere decir que esta tarea hoy día sea imposible. Tampoco, si se piensa en la familia, que ya no puede desarrollar su tarea educativa. Tanto en el campo civil como eclesial, se afirma que la familia sigue siendo ambiente educativo primordial y privilegiado. Se subraya también que nadie puede suplir o sustituir a los padres en la educación de los hijos.

Aunque la familia hoy haya cambiado tanto, ello no significa que no tenga ni posibilidades ni recursos para educar en la fe. La educación en la fe en familia no solo es posible, sino que es, además, algo insustituible.

El actual contexto pide una relación diferente entre familia y comunidad cristiana, para que la propia familia pueda hacerse presente de modo vivo y activo tanto en el momento del despertar religioso de los niños pequeños como en el momento de la catequesis sistemática de iniciación de los adolescentes y los jóvenes. Como se dijo, ha de superarse la mentalidad de delegación, y apuntar a formar al adulto en una fe adulta. Un adulto con fe adulta y madura estará lleno de motivos para educar en la fe a sus hijos. Un adulto con fe adulta participa de modo activo de la vida de la comunidad; por lo mismo, su familia hará parte de la vida de la comunidad. Lo que se pide es un verdadero cambio de paradigma, que consiste en llevar a los adultos y padres a tomar conciencia de que no solo está en juego la educación en la fe de los hijos, sino, sobre todo, su propia fe, su propia vocación bautismal y su vocación al matrimonio cristiano. A ello deben apuntar todos nuestros esfuerzos.

CELEBRAR HOY CON LOS SALMOS

NO
VE
DAD

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
200 pp., 15 €

Como ocurre entre los judíos, el libro de los Salmos tiene en la conciencia cristiana una importancia excepcional. El objetivo de este libro consiste en introducir sapiencialmente en el libro de los Salmos, ayudando a orar en espíritu y verdad con todos sus valiosos contenidos. Se ofrece aquí un conocimiento más que suficiente de las principales características sálmicas.

+ EN www.ppc-editorial.com

TLF.: 91 428 65 90
MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com

PAS
TORAL
ESCOLAR

NUEVA COLECCIÓN
PASTORAL ESCOLAR

LA SESIÓN PASTORAL DE INTERIORIDAD
Claves y propuestas para alumnos, profesores y familias
Mario Piera Gomar
160 pp., 12 €

Aquí se ofrecen claves y propuestas para la educación en la interioridad desde una perspectiva pastoral fruto de la experiencia en las aulas. La *visualización* y el *cuento* son elementos clave de esta herramienta, pues la fantasía y lo simbólico son ejes fundamentales para el cuidado del mundo interior. Por ello se ofrecen pistas pastorales y sugerencias de aplicación, con abundancia de ejemplos y propuestas para niños, jóvenes y adultos (educadores y familias) y una experiencia de silencio a través del cuento.

+ EN www.ppc-editorial.com

TLF.: 91 428 65 90
MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com